

Agatha Christie[®]

AUTOBIOGRAFÍA



AGATHA CHRISTIE

AUTOBIOGRAFÍA

Traducción de Diorki



SUMARIO

Prefacio	5
Prólogo.....	7
 PARTE I	
Ashfield	11
 PARTE II	
Compañeros y compañeras de juego.....	75
 PARTE III	
Me estoy haciendo mayor	133
 PARTE IV	
Flirteos, noviazgo, proclamas, matrimonio	193
 PARTE V	
La guerra	263
 PARTE VI	
Alrededor del mundo	345
 PARTE VII	
El país de la felicidad perdida	391
 PARTE VIII	
La segunda primavera.....	447
 PARTE IX	
Mi vida con Max.....	523
 PARTE X	
La segunda guerra	597
 PARTE XI	
Otoño	633
 Epílogo.....	665

I

Una de las mejores cosas que le pueden tocar a uno en la vida es una infancia feliz. La mía lo fue. Tenía una casa y un jardín que me gustaban mucho, una juiciosa y paciente nodriza, y por padres, dos personas que se amaban tiernamente y cuyo matrimonio y paternidad fueron todo un éxito.

Al mirar hacia atrás, veo que el nuestro era un hogar feliz, gracias, en gran parte, a mi padre, que era un hombre muy complaciente. En nuestros días no se da mucha importancia a esta cualidad. Se suele preguntar si un hombre es inteligente e industrial, si contribuye al bienestar común, si tiene influencias. En cambio, Charles Dickens centró la cuestión magníficamente en *David Copperfield*:

«—¿Tu hermano es un hombre complaciente, Pegotty? —inquirí con cautela.

»—Sí, es un hombre sumamente complaciente —exclamó Pegotty».

Hazte tú esa pregunta con relación a la mayoría de tus amigos y conocidos; quizá te sorprendas de lo difícil que resulta dar una respuesta como la de Pegotty.

Según los juicios de valor actuales, mi padre no merecería aprobación. Era un hombre bastante vago. Corrían los tiempos en que había rentas que bastaban para vivir, y si alguien gozaba de una así, no trabajaba, ni nadie esperaba que lo hiciera. De cualquier modo, sospecho que mi padre no habría sido un buen trabajador.

Todos los días salía por la mañana de nuestra casa de Torquay para ir al club; pagaba un coche para regresar a la hora de comer, y por la tarde iba otra vez al club a jugar a las cartas

hasta que volvía a casa a cambiarse con el tiempo justo para la cena. Durante la temporada de críquet, se pasaba los días en el club del que era presidente. De vez en cuando organizaba también representaciones de aficionados. Tenía muchos amigos y le encantaba invitarlos a casa. Todas las semanas daba un banquete, y solía comer fuera con mi madre cada dos o tres días.

Sólo más tarde me di cuenta de cuánto lo quería la gente. Después de su muerte llegaron cartas de todo el mundo y, en nuestra ciudad, comerciantes, taxistas, antiguos empleados o algún anciano se me acercaban sin cesar para decirme: «¡Ah, recuerdo muy bien al señor Miller! Nunca lo olvidaré. Ya no quedan muchos como él».

Sin embargo, carecía de cualidades extraordinarias. No era muy inteligente. Creo que poseía un corazón sencillo y amable, y que se preocupaba realmente del prójimo. Tenía un gran sentido del humor y gran facilidad para hacer reír. No había en él mezquindad alguna, ni envidia; era generoso casi hasta la exageración y de un natural alegre y sereno.

Mi madre era completamente distinta, de una personalidad enigmática y llamativa, más fuerte que la de mi padre; muy original en sus ideas, tímida, poco segura de sí misma y, en el fondo, algo melancólica.

Había conquistado a la servidumbre y a los niños, que la obedecían siempre a la menor insinuación. Hubiera sido una educadora magistral. Todo lo que decía cobraba en seguida interés e importancia. Le aburría la monotonía y pasaba de un tema a otro de tal modo que a veces su conversación resultaba desconcertante. Mi padre solía decirle que no tenía sentido del humor, a lo que ella respondía con tono ofendido: «Sólo porque no le veo la gracia a tus tonterías, Fred...». Y mi padre soltaba la carcajada.

Tenía unos diez años menos que él, y desde que era una cría lo había amado apasionadamente. Mientras él derrochaba su juventud en incesantes correrías entre Nueva York y el sur de Francia, mi madre, que era una niña tímida y silenciosa, permanecía sentada en casa pensando en él, escribiendo alguna que

otra poesía en su álbum y bordando un billetero que mi padre conservaría toda la vida.

Un noviazgo típicamente victoriano, pero con la riqueza de un sentimiento profundo.

Me intereso por mis padres no sólo porque lo fueron, sino porque además consiguieron algo rarísimo: un matrimonio feliz. Hasta la fecha, sólo he conocido cuatro matrimonios totalmente acertados. ¿Existe alguna fórmula para el acierto? Me parece difícil. De los cuatro casos, uno es el de una chica de diecisiete años que se casó con un hombre que le llevaba quince. El marido había objetado que todavía no podía saber bien lo que hacía; ella replicó que lo sabía perfectamente y que había decidido casarse con él hacía unos tres años. Su vida matrimonial se complicó cuando primero una suegra y después la otra fueron a vivir en su casa, lo que es suficiente para echar a perder la mayoría de las alianzas. La esposa es sosegada pero tiene una profunda vitalidad. Me recuerda algo a mi madre, aunque carezca de su inteligencia y sus inquietudes intelectuales. Tienen tres hijos, que desde hace mucho viven por su cuenta. Su unión perdura desde hace más de treinta años y todavía lo son todo el uno para el otro.

Otro caso es el de un joven y una viuda que le llevaba quince años. Durante mucho tiempo ella lo rechazó; al fin consintió y vivieron muy felices hasta que ella murió, treinta y cinco años más tarde.

Mi madre, Clarissa Boehmer, tuvo una infancia desdichada. Su padre, oficial de los Argyll Highlanders, se cayó del caballo y resultó mortalmente herido, dejando viuda a mi abuela, joven y encantadora y con cuatro hijos, a la edad de veintisiete años, sin más sustento que la pensión de viudedad. Entonces, la hermana mayor, que se acababa de casar en segundas nupcias con un rico norteamericano, se ofreció a adoptar a uno de los niños para criarlo como si fuera suyo.

La joven y afligida viuda, que se pasaba el día cosiendo para sacar adelante a los hijos, no podía rechazar el ofrecimiento. De los tres niños y una niña, eligió a ésta, bien porque le pareció que los muchachos se abrirían paso en la vida por su cuenta, mien-

tras que la niña necesitaba las ventajas de una vida regalada, o bien, como creyó siempre mi madre, porque quería más a los niños. Lo cierto es que mi madre dejó Jersey para ir al norte de Inglaterra a un hogar extraño. Creo que el resentimiento, la herida profunda de sentirse indeseada, la marcó para toda la vida. La volvió desconfiada de sí misma y del afecto de los demás. Su tía era una mujer bondadosa, de buen carácter y generosa, pero incapaz de percibir los sentimientos de la niña. Mi madre gozaba de todas las comodidades y de una buena educación, pero lo que perdió y nada podía reemplazar era una vida despreocupada con sus hermanos en su propio hogar. Con bastante frecuencia he leído en las secciones de correspondencia con los lectores cómo algunos padres afligidos preguntan si deben dejar que su hija vaya a vivir con alguien que pueda ofrecerle lo que ellos no pueden, como es una educación de primera clase. Y siempre me han entrado ganas de gritar: «¡No la dejéis marchar! ¿De qué vale la mejor educación del mundo comparada con el propio hogar, la propia familia y la seguridad de sentirse en el sitio que le corresponde?».

Mi madre fue profundamente desdichada en su nueva vida. De noche lloraba hasta quedarse dormida; adelgazó y, al final, se puso tan mala que su tía tuvo que llamar al médico, un hombre mayor de mucha experiencia, quien después de hablar con la criatura sentenció:

—La niña tiene nostalgia de su casa.

La tía se mostró sorprendida e incrédula.

—No, no puede ser —dijo—. Clarissa es una niña buena y tranquila, no causa ninguna molestia y es muy feliz.

Pero el anciano doctor habló de nuevo con la niña:

—Tienes hermanos, ¿verdad? ¿Cuántos? ¿Cómo se llaman? Entonces ella rompió a llorar y se descubrió la verdad.

Al desahogarse disminuyó la tensión, pero ella tuvo siempre el sentimiento de «ser rechazada». Creo que no se lo perdonó a mi abuela hasta el día de su muerte. Le tomó mucho cariño a su tío americano. Por entonces era un hombre enfermo que le tenía un gran afecto a la tranquila Clarita, quien solía leerle el libro que más le gustaba a ella, *El rey del Río Dorado*. Pero el verdadero

placer de su vida lo constituían las visitas periódicas del hijastro de su tía, Fred Miller, su «primo» Fred, quien tenía entonces veinte años y siempre se mostraba amabilísimo con su «prima». Un día, cuando ella tenía unos once años, Fred le dijo a su madrastra:

—¡Qué ojos tan bonitos tiene Clarissa!

Ésta, que siempre se había considerado terriblemente ordinaria, subió a contemplarse en el gran espejo del tocador de su tía. Quizá sus ojos no fueran tan feos... Se sintió inmensamente animada. Desde entonces su corazón se entregó a Fred de manera irrevocable.

Allá en Estados Unidos, un viejo amigo de la familia le dijo al despreocupado joven:

—Freddie, un día te casarás con tu prima la inglesita.

Asombrado, él respondió:

—¿Con Clarissa? Si es una niña...

Pero siempre le había profesado un afecto especial a la cariñosa cría. Conservaba sus cartas infantiles y las poesías que le escribía; tras una larga serie de galanteos con bellas chicas de la alta sociedad y alegres muchachas de Nueva York (entre ellas Jenny Jerome, quien más tarde sería lady Randolph Churchill), volvió a su casa de Inglaterra a pedir la mano de la sobrinita.

Era muy propio de mi madre que lo rechazara con firmeza.

—¿Por qué? —le pregunté una vez.

—Porque yo era regordeta.

Un motivo extraordinario pero válido para ella.

No obstante, mi padre no se dio por vencido. A la segunda intentona, mi madre superó sus dudas y, aunque de forma poco clara, consintió en casarse con él, con grave temor de decepcionarlo.

De modo que se casaron, y el retrato que tengo de ella con su vestido de novia muestra una encantadora cara seria, con el pelo moreno y grandes ojos castaños.

Antes de que naciera mi hermana se fueron a Torquay, un lugar de moda como residencia invernal, con la misma fama de la que gozaría luego la Riviera, y alquilieron unas habitaciones amuebladas. Mi padre, a quien le apasionaba el mar, que-

dó encantado con Torquay. Allí vivían varios de sus amigos, mientras que otros, norteamericanos, pasaban el invierno. Mi hermana Madge nació en aquel pueblecito y poco después mis padres se fueron a Estados Unidos, donde pensaban establecerse de forma permanente. Los abuelos de mi padre, que se habían hecho cargo de él en la apacible campiña de Nueva Inglaterra al morir su madre en Florida, aún vivían. Se sentía muy unido a ellos, quienes por su parte ansiaban ver a su esposa y a su hijita. Allá nació mi hermano. Algún tiempo después mi padre decidió retornar a Inglaterra, pero, apenas recién llegado, unos problemas financieros lo obligaron a volver a Nueva York, tras lo que sugirió a mi madre que buscara una casa amueblada en Torquay y se estableciera en ella hasta su regreso.

Mi madre partió, pues, a Torquay en busca de una casa amueblada. Regresó con una noticia estupenda:

—Fred, he comprado una casa.

Poco le faltó a mi padre para caerse de espaldas, ya que él pensaba seguir viviendo en Norteamérica.

—Pero ¿por qué la has comprado? —preguntó.

—Porque me gustó —explicó mi madre.

Resultó que había visto unas treinta y cinco casas pero sólo una le había llenado, y precisamente ésa estaba en venta; los dueños no querían alquilarla. De modo que, como el esposo de mi tía le había dejado dos mil libras, acudió a ésta, que era su administradora, y sin más compraron la casa.

—Pero sólo estaremos allí un año —gruñó mi padre—; como mucho.

Mi madre, que según nosotros era clarividente, le contestó que siempre estarían a tiempo de venderla. Tal vez vislumbraba que viviríamos en ésta muchos años.

—Me encantó la casa apenas entré en ella —insistía—. Tiene un aire maravillosamente apacible.

Los dueños eran unos cuáqueros de apellido Brown; cuando mi madre, titubeante, se compadeció de la señora Brown por tener que abandonar la vivienda en la que había vivido tantos años, la anciana le dijo amablemente:

—Soy feliz pensando que usted y sus hijos vivirán aquí, hija mía.

Fue, decía mi madre, como una bendición.

Creo de veras que la casa tenía una bendición. Era una villa bastante ordinaria, que no se hallaba en una zona elegante como Warberryso Lincombes, sino al otro extremo de la ciudad, en la parte más antigua de Tor Mohun. En aquella época, la calzada a cuya vera estaba situada conducía casi de inmediato a la rica campiña de Devon con sus caminos y sus campos. La casa se llamaba Ashfield y ha sido mi hogar de manera irregular durante casi toda mi vida.

Porque, después de todo, mi padre no se estableció en Norteamérica. Le gustó tanto Torquay que decidió quedarse. Se apegó a su club, a las cartas y a sus amigos. A mi madre no le gustaba vivir junto al mar, le desagradaban las reuniones sociales y era incapaz de jugar a las cartas. Pero se sentía feliz en Ashfield, daba grandes banquetes, frecuentaba los actos sociales y en las tranquilas noches hogareñas le preguntaba a mi padre con ansiosa impaciencia por los sucesos locales y lo ocurrido en el club durante el día.

—Nada —respondía mi padre tranquilamente.

—Pero, Fred, alguien habrá dicho algo interesante.

Mi padre, para complacerla, se estrujaba el cerebro sin conseguir hallar nada; por fin, le contaba que fulano era tan tacaño que no compraba el diario pero que, después de leerlo en el club, quería revendérselo a los otros socios. «Oíd, compañeros, ¿habéis visto que en la frontera noroccidental...?» A todos les fastidiaba mucho, pues era uno de los miembros más ricos.

Mi madre, que se lo había oído ya otras veces, no quedaba satisfecha. Mi padre volvía a caer en un estado de satisfacción silenciosa. Se reclinaba en la silla, estiraba las piernas hacia el fuego y se rascaba suavemente la cabeza (un pasatiempo prohibido).

—¿En qué estás pensando, Fred? —preguntaba mi madre.

—En nada —contestaba él con absoluta veracidad.

—¡Es imposible que no pienses en nada!

Una y otra vez esa respuesta llenaba de contrariedad a mi

madre. No le cabía en la cabeza, sus propios pensamientos volaban raudos como golondrinas. Lejos de no pensar en nada, solía estar reflexionando sobre tres o cuatro cosas al mismo tiempo.

Como comprendí mucho más tarde, sus ideas siempre se alejaban un tanto de la realidad. Para ella, el universo era de un color más vivo del que tenía, y la gente, mejor o peor de lo que era. Quizá porque durante su niñez se había mantenido silenciosa, reprimida, escondiendo en lo más profundo sus emociones, solía ver el mundo en términos dramáticos, incluso a veces melodramáticos. Tenía una imaginación tan creativa que nunca veía las cosas monótonas u ordinarias. Experimentaba, además, curiosos golpes de intuición, como saber de repente qué estaban pensando otras personas. Siendo mi hermano un joven soldado cuyas dificultades económicas pretendía ocultar a sus padres, lo dejó sorprendido una noche cuando, al verlo algo preocupado, le dijo:

—Oye, Monty, te has liado con los prestamistas, ¿verdad? ¿Has pedido dinero con la garantía del testamento de tu abuelo? No deberías hacerlo. Es mejor que se lo cuentes a tu padre.

Su capacidad de adivinación maravillaba continuamente a la familia. Mi hermana dijo una vez:

—Si no quiero que mi madre sepa algo, intento no pensar en ello estando ella presente.

II

Es difícil saber cuál es el primer recuerdo que una conserva. Me acuerdo con claridad del día en que cumplí los tres años. Nació en mí la sensación de ser importante. Estábamos tomando el té en el jardín, en el lugar donde más adelante se mecería una hamaca entre dos árboles.

Había una mesa de té cubierta de pasteles, con mi tarta de cumpleaños toda bañada en azúcar y velitas en el medio. Tres velitas. Y luego un hecho significativo: una minúscula araña roja, tan pequeña que apenas podía verla, recorrió el mantel. Mi madre exclamó:

—Es la araña de la suerte, Agatha, la araña de la suerte para tu cumpleaños...

Luego la memoria se desvanece, salvo el vago recuerdo de un discurso interminable de mi hermano sobre la cantidad de pastelillos que podía comer.

¡El estupendo y emocionante mundo de la niñez! Quizá lo que más me interesaba era el jardín. Año tras año fue cobrando mayor importancia para mí. Llegué a conocer y dar a cada uno de los árboles un significado especial. Desde muy temprano mi mente lo dividió en tres partes distintas.

Había un huerto rodeado por un muro alto que daba a la calzada. Sólo me interesaba porque me proveía de frambuesas y manzanas verdes. No era más que el huerto. No tenía ningún encanto.

Luego estaba el jardín propiamente dicho, una extensión de césped en pendiente con algunos seres interesantes: el acebo, el cedro, la secuoya (tremendamente alta) y dos abetos, que yo asociaba con mis hermanos, no sé por qué. Al árbol de Monty se

podía trepar (es decir, subir con cuidado hasta la tercera rama). El árbol de Madge, si penetrabas a gatas en el tronco, ofrecía un asiento: una gruesa rama doblada de forma incitante, donde uno podía sentarse y mirar al exterior sin ser visto. Estaba también «el árbol de la trementina», que exudaba una goma pegajosa de olor penetrante que yo recogía cuidadosamente en unas hojas porque era un «bálsamo muy precioso». Por último, lo mejor, el haya, el árbol más grande del jardín, con su grata lluvia de hayucos que me hartaba de comer.

En tercer lugar, había un bosque. Me parecía, y aún me lo parece, tan grande como New Forest. Estaba formado por fresnos y lo atravesaba una senda retorcida. Tenía todo lo que suele relacionarse con los bosques: misterio, terror, deleite secreto, inaccesibilidad y distancia...

La senda conducía a las pistas de tenis y de croquet que estaban en un alto, frente a la ventana del comedor. Al llegar allí se acababa el encanto. Uno se encontraba de nuevo en el mundo cotidiano, donde señoras con las faldas recogidas con una mano y tocadas con sombreros de paja jugaban al croquet o al tenis.

Cuando había agotado «las delicias del jardín», volvía al aposento de los niños, donde estaba Nursie, la nodriza, como algo fijo e inmutable. Quizá porque era una señora mayor y reumática, jugaba a su alrededor o junto a ella más que con ella. Recuerdo que siempre me rodeaba de compañeros imaginarios. Del primer grupo, sólo me acuerdo del nombre: los Gatitos. Ya no sé quiénes eran, ni si yo misma era uno de ellos, pero me acuerdo bien de sus nombres: Trébol, Negrito y otros tres. Su madre era la señora Benson.

Nursie era demasiado lista para comentar nada o para intervenir en los murmullos que se oían a su alrededor. Probablemente estaba muy contenta de que me divirtiera sola con tanta facilidad.

Pero un día recibí un golpe muy duro: regresaba del jardín para merendar y, al subir la escalera, oí que Susan, la criada, decía:

—No le gustan mucho los juguetes, ¿verdad? ¿Con qué juega?

Nursie respondió:

—Juega a ser un gatito con otros gatitos.

¿Por qué existirá esa exigencia innata de secreto en la mente de un niño? Saber que alguien, aunque fuera Nursie, conocía lo de los Gatitos, me afectó en lo más hondo. Desde aquel día procuré que no se oyeran mis murmullos cuando jugaba. Los Gatitos eran míos y de nadie más.

Supongo que tendría juguetes; seguro que tuve muchos, pues era una niña mimada y consentida, pero no recuerdo ninguno excepto, algo vagamente, una caja de cuentas multicolores con las que hacía collares. Recuerdo también que una prima ya mayor, muy pesada, me quiso tomar el pelo diciéndome que las cuentas azules eran verdes y las verdes, azules. Mis sentimientos eran como los de Euclides: «Esto es absurdo», pero, por educación, no la contradije. La broma cesó inmediatamente.

Me acuerdo de algunas muñecas: Phoebe, que no me hacía mucha gracia, y otra llamada Rosalinda o Rosita. Esta última tenía el pelo largo y muy rubio; la admiraba muchísimo pero jugaba poco con ella. Prefería a los Gatitos. La señora Benson era muy pobre y estaba muy triste. Su padre, el capitán Benson, había sido marino pero su barco se había ido a pique, dejando a la familia sumida en la miseria. Ésa era la saga de los Gatitos. Tenía un final feliz ya borroso en mi mente: el capitán no había muerto; un día reapareció con una riqueza inmensa, precisamente cuando la situación de los suyos se había vuelto desesperada.

De ahí pasé a la señora Green. Tenía cien hijos; los más importantes eran Lanudo, Ardilla y Árbol. Me acompañaban en todas las expediciones por el jardín. No eran propiamente niños ni perros, sino criaturas intermedias.

Una vez al día, como todos los niños bien educados, «daba un paseo». No me gustaba nada, y menos aún tener que calzarme, preliminar absolutamente necesario. Caminaba despacio, arrastrando los pies; lo único que me atraía eran los cuentos de Nursie. Su repertorio se componía de seis, centrados todos en los niños que había conocido. No los recuerdo, sólo sé que uno trataba de un tigre de la India; otro, de unos monos, y un tercero, de una serpiente. Todos eran muy bonitos y cada vez escogía el que yo quería oír. Me los repetía una y otra vez sin mostrar señales de fastidio.

A veces, como un gran regalo, me dejaba que le quitara el blanquísimo gorro plisado. Sin él, en cierto modo, perdía el aire oficial. Entonces, con sumo cuidado, yo ceñía alrededor de su cabeza una gran cinta azul de raso, con enorme dificultad y sin respirar, pues para una niña de cuatro años no es fácil hacer una lazada. Después daba unos pasos hacia atrás y exclamaba como arrobada:

—Oh, qué guapa que estás.

Ella, sonriendo, contestaba con dulzura:

—¿De verdad, cariño?

Después del té, vestida de percal almidonado, bajaba al salón para entretenerme con mi madre.

Si el encanto de los cuentos de Nursie residía en que eran siempre los mismos, de forma que ella representaba en mi vida la roca de la estabilidad, el de mi madre estribaba en que sus narraciones eran siempre distintas y en que nunca jugábamos dos veces a lo mismo. Recuerdo que uno de los cuentos era sobre un ratón llamado Ojos Brillantes. El ratoncito corrió varias aventuras pero de repente un día, para mi desesperación, mi madre declaró que ya se había terminado la historia. Yo estaba a punto de llorar cuando añadió: «Pero te contaré una sobre una Vela Curiosa». Sólo recuerdo dos capítulos de esa especie de novela policíaca, interrumpida por alguien que vino a quedarse; nuestros juegos privados y nuestros cuentos tuvieron que aguardar. Una vez que se fue la visita y quise conocer el final del cuento, interrumpido en el momento más emocionante, cuando el malo estaba instilando veneno en la vela, mi madre se quedó cortada y no supo continuar. Todavía me obsesiona aquel serial inacabado. Otro juego estupendo consistía en reunir las toallas de baño de toda la casa y cubrir con ellas las sillas y las mesas para hacernos casitas de las que salíamos a gatas.

Recuerdo poco de mis hermanos, quizá porque estaban en la escuela: mi hermano en Harrow y mi hermana en Brighton, en la escuela de miss Lawrence, que sería más tarde Roedean. Mi madre tenía fama de progresista por mandar a su hija a un internado, y mi padre, de liberal por permitirlo. Pero a mi madre le encantaban los experimentos.

Los experimentos consigo misma tuvieron lugar, sobre todo, en el campo religioso. Creo que era algo inclinada a la mística; tenía el don de la oración y la contemplación, pero su fe ardiente y su devoción no acertaban con la forma más conveniente de culto. Mi paciente padre se dejaba llevar de un lugar de culto a otro.

La mayoría de estas veleidades religiosas se produjeron antes de que naciera yo. Apenas se había convertido al catolicismo cuando se hizo unitaria (por lo que mi hermano nunca fue bautizado); luego fue teósofa en ciernes pero comenzó a caerle mal la señora Besant cuando daba sus sermones. Después de un breve aunque vivo interés por el zoroastrismo volvió, para consuelo de mi padre, al puerto seguro de la Iglesia de Inglaterra, pero con cierta preferencia por las iglesias «altas». Tenía un cuadro de san Francisco a la cabecera de la cama y leía día y noche la *Imitación de Cristo*. Tengo el mismo libro junto a mi lecho.

Mi padre era un hombre de corazón sencillo, un cristiano ortodoxo. Recitaba sus oraciones todas las noches y frecuentaba la iglesia todos los domingos. Su religiosidad era espontánea, sin necesidad de revisiones; pero si a mi madre le gustaban, él no tenía nada que objetar. Como ya he dicho, era un hombre complaciente.

Creo que se alegró cuando mi madre volvió a la Iglesia de Inglaterra a tiempo para que me bautizaran. Me pusieron Mary como mi abuela, Clarissa como mi madre y Agatha por una ocurrencia que tuvo un amigo de la familia, camino ya de la iglesia, asegurando que era un nombre muy bonito.

Mis ideas religiosas procedían especialmente de Nursie, que era evangelista. No iba a la iglesia pero leía la Biblia en casa. Era muy importante observar el sábado, y ser mundana constituía una falta grave a los ojos del Todopoderoso. Yo presumía, hasta resultar insoportable, de pertenecer a los «salvados». Me negaba a jugar, cantar o tocar el piano los domingos, y temía terriblemente por la salvación definitiva de mi padre, que no respetaba el descanso dominical y contaba chistes picantes sobre los curas, e incluso una vez sobre un obispo.

Mi madre, que en su momento se había entusiasmado mucho con la educación de las niñas, se había pasado, siguiendo su

costumbre, al extremo opuesto. No debían aprender a leer hasta los ocho años; era mejor para los ojos y el cerebro.

Pero en este punto sus planes no se cumplieron. Cuando me leían un cuento bonito pedía el libro y estudiaba las páginas hasta que se volvían inteligibles y cobraban sentido gradualmente. Mientras estaba fuera con Nursie, le preguntaba qué significaban las palabras escritas sobre las puertas de las tiendas y en las vallas. Como resultado, un día me di cuenta de que podía leer un libro titulado *El ángel de amor* y lo hice en voz alta para que me oyera.

Al día siguiente, Nursie le dijo a mi madre, como pidiendo disculpas:

—Lo siento, señora, pero la señorita Agatha sabe leer.

Mi madre quedó muy afligida pero ya no tenía remedio. Sin haber cumplido los cinco años, el mundo de los libros se abrió ante mí. Desde entonces, pedía cuentos en Navidad y en mis cumpleaños.

Mi padre dijo que, ya que sabía leer, convenía que aprendiera a escribir. No resultó tan agradable, ni mucho menos. Por mis cajones siguen apareciendo cuadernos llenos de palotes y garabatos, o líneas de bes y pes temblorosas, que distinguía con dificultad, pues había aprendido a leer por la apariencia de las palabras y no por las letras.

Luego mi padre dijo que también podía aprender aritmética, y todas las mañanas después del desayuno me sentaba junto a la ventana del comedor y me entretenía mucho con los números, que eran menos recalcitrantes que las letras del alfabeto.

Mi padre estaba muy orgulloso y complacido con mis progresos. Me trajo un librito marrón de «Problemas». Me encantaban los problemas. Aunque se trataba sólo de números disfrazados, tenían un sabor que intrigaba. «Juan tiene cinco manzanas, Jorge tiene seis; si Juan le quita dos manzanas a Jorge, ¿cuántas tendrá Jorge al cabo del día?», etcétera. Hoy, pensando en el problema, me dan ganas de responder: «Depende de lo que le gusten a Jorge las manzanas». Pero entonces escribí «cuatro», con la sensación del que acaba de resolver una cuestión espinosa, y añadí, por decisión propia, «y Juan tendrá siete». A mi madre le parecía raro que me gustara la aritmética; reconocía que ella

nunca había utilizado los números, y le resultaban tan fastidiosas las cuentas domésticas que era mi padre quien las llevaba.

La siguiente emoción de mi vida fue el regalo de un canario. Se llamaba *Doradín* y se volvió tan manso que saltaba por todo el aposento de los niños, posándose algunas veces sobre el gorro de Nursie o en mi dedo cuando lo llamaba. No sólo era mi pájaro, sino también el inicio de una nueva saga secreta. Los personajes principales eran Dickie y su amada. Cabalgaban en briosos corceles por todo el país (el jardín) y corrían grandes aventuras, escapando a duras penas de las garras de los bandidos.

Un día ocurrió la catástrofe suprema: *Doradín* desapareció. La ventana estaba abierta y la puerta de la jaula, sin el pasador. Lo más probable era que se hubiera escapado. Recuerdo aún lo terriblemente largo y lento que fue aquel día. Se alargaba más y más. Yo lloraba y lloraba y lloraba. Pusieron la jaula fuera de la ventana con un terrón de azúcar entre las barras. Mi madre y yo recorrimos el jardín llamándolo: «*Doradín, Doradín, Doradín*». Mi madre amenazó a la criada con despedirla por comentar con ligereza: «Seguro que se lo ha zampado un gato», con lo que me hizo llorar de nuevo.

Mientras, ya en la cama, yo seguía sollozando espasmódicamente al tiempo que apretaba la mano de mi madre, se oyó un débil pero alegre gorjeo. Desde lo alto de la barra de las cortinas descendió *Doradín*, revoloteó una vez por la estancia y entró en seguida en la jaula. ¡Qué maravilla! Se había pasado todo aquel día, interminable y aciago, allá arriba en la barra de las cortinas.

Mi madre aprovechó la ocasión para decirme:

—¿Ves lo tonta que has sido? ¿Ves qué inútil ha sido llorar tanto? Nunca llores por nada hasta que estés segura de lo ocurrido.

Le aseguré que no lo haría nunca más.

Además de recuperar a *Doradín*, recibí entonces algo más: la fuerza del amor y la comprensión de mi madre en la hora del sinsabor. En el oscuro abismo de la aflicción, el único consuelo había sido aferrar con fuerza su mano. Tenía algo magnético y curativo en su tacto. En los momentos de enfermedad, no había nadie como ella. Transmitía su propio vigor y vitalidad.